

## UTOPIÁS, DESENCANTOS Y ESPERANZAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA COMUNIDAD IMAGINADA. *WASLALA MEMORIAL DEL FUTURO DE GIOCONDA BELLI*

*Rodolfo Fernández Carballo*

### RESUMEN

El presente artículo refiere al vínculo y proceso de construcción del enunciado de la utopía en la obra *Waslala Memorial del futuro* de Gioconda Belli y la coyuntura histórico-social en que se encuentra inmerso el sujeto de enunciación en tanto sujeto transindividual y colectivo. La perspectiva teórica implícita, apunta al estudio de las relaciones entre el enunciado utópico y los contextos socio-históricos donde se producen, partiendo de los principios teórico-bajtinianos que establecen un vínculo estrecho entre el texto y la sociedad, y el enunciado y la valoración social. En cuanto al concepto de utopía, se entiende como una idea que pretende lograr la corrección de la realidad mediante una propuesta del *deber ser*, utopía que imagina un espacio feliz y que, en el tanto producción artístico-literaria, refracta la aspiración de una sociedad que critica el orden existente y propone el que debe ser.

**Palabras clave:** enunciado literario, sujeto de enunciación, relación texto-sociedad, utopía, pensamiento utópico.

### ABSTRACT

The present article recounts to the link and process of construction of the statement of the utopia in the work *Waslala Memorial del futuro*, and the historical-social conjuncture in which one finds the enunciation subject immersed while being transindividual and collective subject. The implicit theoretical perspective points at the study of the relations between the utopian statement and the social-historical contexts where they take place, starting off from the Bakhtinians theoretical principles that establish a narrow link between the text and the society, and the enunciation and the social valuation. As far as the utopia concept, it is understood as an idea that tries to achieve the correction of the reality by means of a proposal of having to be, utopia that imagines a happy space and that in so much artistic-literary production, it refracts the aspiration of a society that criticizes the existing order, and proposes the one that must be.

**Key words:** literary statement, enunciation subject, relation text-society, utopia, utopian thought.

---

**Rodolfo Fernández Carballo.** Profesor e investigador de la Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente. Licenciado en Historia y Máster en Literatura Latinoamericana de dicha Universidad.

Recepción: 15-11-2006

Aceptación: 10-1-2006

## 1. Introducción

*Waslala Memorial del futuro* (1996)<sup>1</sup> constituye un singular enunciado utópico que refracta en el tanto creación literaria, los elementos esenciales de la coyuntura histórica revolucionaria nicaragüense de las últimas tres décadas del siglo XX. La unicidad de dicho enunciado, es decir, la particularidad de su sentido, lo determina la valoración social del sujeto de enunciación que de las cenizas y carbones aún humeantes del desencanto, propone un *deber ser* como el ideal utópico para la construcción de una comunidad imaginada. A la luz entonces del principio enunciado-dialogalidad social (Bajtín 1986: 128), se produce una relación entre las estructuras significativas de la obra novelesca y los centros axiológicos del mundo histórico-cultural.

En *Waslala* estamos frente a un texto de una enorme diversidad de estructuras de sentido, ante un microcosmos de plurilingüismo habitado en sus enunciados por múltiples voces sociales (Bajtín 1986: 256), pero es una estructura dominante la que permea toda la novela y cuyos hilos apuntan a la búsqueda y planteamiento de una utopía, a la construcción de una comunidad perfecta aunque inexistente.

La búsqueda de una sociedad ideal en Faguas es un proyecto largamente acariciado por los poetas, y así lo enuncia don José, abuelo de Melisandra, quien ante ella y Raphael les cuenta su historia:

[...] me uní a un grupo de poetas que, a partir de un método distinto; recurriendo a las posibilidades de la imaginación, de la mitología acumulada, de la experiencia colectiva, encontrado en la literatura humanista y en la poesía de todos los tiempos, se proponía crear un modelo de sociedad totalmente nuevo y revolucionario... (Belli 1996b:61).

Poetas, sujetos pronunciadorees del enunciado utópico que a partir de la imaginación y de las múltiples experiencias del pasado, incluida la añoranza del paraíso perdido (Belli 1996b: 167), aspiran a un lugar encantado, sin contradicciones y en plena armonía. Estos criterios de respeto y admiración, de fe y creencia, se encuentran en las palabras del hombre de mirada ausente, quien ante las ironías de Raphael le indica que... “Aquí creemos en los poetas” (Belli 1996b: 123). El sujeto de enunciación, entonces, le otorga a las voces líricas, figuras veneradas y célebres en Nicaragua (Belli 2001: 68), la propuesta de una sociedad ideal y revolucionaria. De estos poetas y su trascendencia en la historia nicaragüense, se ha expresado Julio Valle-Castillo en los siguientes términos:

Los poetas, por fortuna, han sido nuestros profetas, nuestros guías, nuestros líderes, que han descendido hasta los infiernos de la historia, pero que también han ascendido de sus errores, de sus equivocaciones y buenas intenciones y han trascendido justificados y transfigurados por la gracia de la poesía. La poesía es para Nicaragua su libro sagrado, sus sagradas escrituras: su historia natural y su historia social, su memoria personal, su memorial y ritual indígena, hispánico y por tanto, griego y latino, mestizo, afrocaribeño, su lengua, su habla, su idioma oficial, su utopía, la única de sus revoluciones en permanente revolución... (En Montoya 2000: 33-34).

Nicaragua “es una república de poetas,... y una república inventada por la poesía” reafirma Valle Castillo<sup>2</sup> (En Delgado 2002: 20), un espacio donde el tiempo se ha visto impregnado de voces líricas que rayan en lo heroico como en Leonel Rugama o en la veneración como a Rubén Darío. Poetas como José Coronel, Pablo Antonio Cuadra o Carlos Martínez Rivas, considerados “monstruos sagrados de la literatura nicaragüense” (Belli 2001: 68); otras y otros<sup>3</sup>, “[t]odos hermanados por la creencia de que lo que hace universal a Nicaragua es su poesía”, afirma Leonel Delgado y le agrega su papel “como polo de poder cultural”

y “labor canónica” asociada a “la constitución del nacionalismo y la idea de nacionalidad”, síndrome de “ombligo del mundo de la poesía” y también marginalizaciones, recanonizaciones y contradiscursos de los excluidos (2002: 153). En fin, los poetas y su poesía como labor profética y virtual, como un poder imaginativo y soñador, como los sagrados precursores de las memorias y las utopías.

En la ficción, don José, el poeta, el escritor, el de los mil proyectos en el papel, el que cree firmemente en “hombres y mujeres profundamente buenos, profundamente nobles [...] seres ideales, producto de su imaginación” (Belli 1996b: 322), no es solo el portador de la conciencia de hombres y mujeres que creen en modelos sociales nuevos, perfectos y utópicos, sino también la expresión de la firme creencia en la naturaleza bondadosa del Ser Humano. El mundo de don José hacia su interior y desde su interioridad es el del antropocentrismo, es la convicción de la bondad humana como inmanente y natural. Y ello a pesar de su realidad que por el contrario le presentaba un país en guerra, en constante conflicto, de muerte y desolación. El canto de don José, el sueño en su Waslala, es la proyección ideal de lo que debe ser a partir de lo que es, es el idealismo puro, la utopía perfecta.

Raphael, periodista extranjero y lector de poetas, “una de mis ocupaciones vergonzantes” (Belli 1996b: 150), escucha junto a Melisandra, y en voz del abuelo, el mítico relato sobre Waslala. Pero... ¿por qué una ocupación vergonzante? Quizá porque Raphael viene “de donde nadie cree ya en las utopías” (Belli 1996b: 71), o porque él mismo piensa que

[m]ientras más primitivo el entorno, más fácil creer en mitos, lugares mágicos, felices, intocados. Waslala podía existir en Faguas. El pensamiento científico, la técnica, la educación, habían marcado el fin de lo mitológico. El progreso amenazaba la imaginación (Belli 1996b: 185).

Y qué es la poesía en el mundo de Raphael sino imaginación, idealismo, ilusión plasmada en letras de fantasía. Él, que proviene de un medio donde socialmente se han hecho prevalecer la ciencia y las aplicaciones tecnológicas como los valores predominantes, se recrimina y avergüenza de sus lecturas de poetas. “Ocupación vergonzante” quizá, producto de una educación pragmática y positivista (Ordóñez 2003: 152), que “había marcado el fin” de la imaginación, de lo poético-ilusorio, de lo mágico-imaginativo, de la creación lírica. Raphael es, entonces, el portador de una visión del “progreso” que supone estar “por encima” de un mundo donde aún prevalece la ilusión de un lugar feliz, mítico, irreal; pero esa visión no es nítida o conclusiva, porque el periodista no sólo es lector de poetas, sino que termina considerando las posibilidades poéticas como posibles. Raphael ha venido a Faguas a elaborar un reportaje sobre una droga mutante, la filina, pero también interesado en escribir la historia que un compañero de Universidad que viajó por Faguas le contara, la historia de Waslala. Melisandra, la nieta de don José cuyo deseo es encontrar Waslala y que ha pospuesto muchas veces el viaje al interior, encuentra una ocasión propicia para acompañar y hacerse acompañar de Raphael, iniciando así “su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios”, en términos de Campell (1959: 35), hacia Waslala, el lugar que muchos buscan, del que todos hablan pero nadie encuentra. Esta separación de la hacienda, este viaje al “lugar perdido, el mito, el sueño” estaba lleno de “peligros” pero la decisión estaba tomada: “era a ella a quien le correspondía llegar al lugar mágico en cuya búsqueda su padre y madre desaparecieron” (Belli 1996b: 40-41). Don José lo tenía claro en la conversación con el periodista al que en forma cortés le indicó:

—Quizás me quede únicamente confiar en que su nombre sea un buen augurio.

—¿Mi nombre?— sonrió Raphael.

—El personaje de Tomás Moro; el marinero que descubre la isla, la Utopía, tiene su nombre: Raphael, Raphael Hythloday (Belli 1996b: 49).

Raphael no es solo el portador extranjero de una visión de progreso, ambivalente en tanto interesado en las posibilidades formuladas por las voces poéticas, compañero de “la llamada de la aventura” de Melisandra, sino también intertexto de la literatura humanista, expresada por el abuelo, quien reitera a su nieta: “¿Qué cosas, verdad? Se llama Raphael. El de Tomás Moro, el que descubre la isla llamada Utopía, se llamaba Raphael también...” (Belli 1996b: 40).

Raphael Hythloday, sujeto del enunciado y voz autoral de Moro que describe en el libro segundo, la República de Utopía, pero que en el primero, denuncia los defectos, errores e imperfecciones del orden existente (Moro 1967). La utopía, voz poética y literaria, que no sólo es una aspiración a lo que debe ser —y que surge del *deber ser*—, sino también una crítica a lo existente desde donde brota, y sin la cual, no podría vislumbrarse; crítica e inconformidad con el orden establecido o como lo expresa el Raphael de Belli, lo “indudable es que nunca estamos conformes [...] seguimos creyendo en la utopía” (1996b: 119). La utopía atraviesa en diacronía desde el lejano género literario ficcional de Moro, e incluso desde el carnaval y otras fiestas populares del medievo penetradas por “el reino utópico de la universalidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia” (Bajtín 1974: 15), y se instala y proyecta en un final de siglo XX, como un enunciado de expectativas en manos de poetas como Ernesto que, cual Moro utópico, cree en el principio del insularismo, principio y “convicción de que sólo una comunidad al abrigo de las influencias disolventes del exterior puede alcanzar la perfección de su desarrollo” (Trousson 1995: 44). Así lo describe don José en su larga explicación sobre los orígenes y las múltiples reuniones que pretendían sentar las bases teóricas de la propuesta:

‘Necesitamos la isla para construir la Utopía’, me dijo. ‘Hay que crear el núcleo original, descontaminarlo a través de varias generaciones hasta que sólo la conformen hombres y mujeres que nunca hayan conocido la ambición, el poder, la avaricia, la violencia, el mal. Se trata de construir la primera célula, la partícula, el primer organismo vivo’. Esta célula social, insistió Ernesto, tendría que desarrollarse en un ambiente estéril, un vacío... y debía, por un tiempo no cuantificable, prescindir por completo de la tentación de multiplicarse (Belli 1996b: 62).

¿Cómo lograr esa descontaminación a través de varias generaciones prescindiendo por completo de la tentación de multiplicarse? Contradicción original, vacío y valoración quizá despectiva hacia la multiplicación —¿por qué tentación?—, producto de la ideología patriarcal, en fin ambivalencia.

El núcleo original insular finalmente es encontrado en el norte del país producto del sueño de Ernesto

con una ciudad plateada cuyo nombre ‘Waslala’ estaba grabado en los troncos de viejos y monumentales ceibos.  
Decidimos que su sueño era visionario. Hacia Waslala debíamos dirigirnos lo antes posible, si es que no queríamos terminar en alguna mazmorra, torturados salvajemente o asesinados. (Belli 1996 B:63).

Waslala, similitud con Walhala, paraíso de los tibetanos (Aínsa 1986:192) pero exactitud del término con Waslala, pequeño pueblo montañoso cerca del río Coco en el norte de Nicaragua, en Wiwilí, Jinotega, donde César Augusto Sandino tenía su campamento (Millet 1979: 215), y había implementado “un proyecto democrático y redistributivo radicado en el movimiento cooperativo” (Polo-Cheva 1983:271). Principios verosimilizantes espacio-temporales dirigidos a producir el efecto del sentido “realidad” (Greimas y Courtés 1990: 35),

anclajes de un espacio descrito con nombres propios reales contribuidores de la verosimilitud del texto ficcional.

Waslala, el sueño de sociedad que excluía “...la ambición, el poder, la avaricia, la violencia, el mal” y “las mezquindades y pequeñeces de [...] carácter” (Belli 1996b: 62 y 65); y que incluían el altruismo y el idealismo en un “mundo igualitario y grácil, donde el amor, la cooperación y el bien común serían los pilares para erigir una felicidad...” (Belli 1996b: 320). Waslala, ciudad plateada del ensueño hacia la que hay que dirigirse antes que el poder político-militar, represivo de los ideales utópicos, capture, torture y asesine a sus proponentes, ya que el poder establecido, esta vez en la figura de Antonio Espada, condena las utopías como algo inexistente o dudoso, “una noción irresistible” por ser “un lugar encantado” pero finalmente “mentira” o de efectos soporíferos como “la religión” (Belli 1996b: 102, 198 y 200); intertexto este último de la colaboración de las comunidades de base y de muchos sacerdotes y pastores a los procesos que luchan por instancias y proyectos contrarios al *status quo*.

El proyecto ideal de los poetas surgido de las experiencias colectivas que pretendían “un modelo de sociedad totalmente nuevo”, o “el núcleo original” que sería descontaminado por medio de varias generaciones, como lo enuncia don José, expresa ese vínculo ininterrumpido del lenguaje “con los procesos de la centralización socio política y cultural” referidas por Mijaíl Bajtín (1986: 96), y tiene una refractación ejemplificante en Henry Ruiz, el comandante Modesto que, escribe Belli,

[m]e hablaba apasionadamente de la fe que tenía de que lograríamos [...] una síntesis de las mejores experiencias [...]. Cuando la sociedad tuviera como objetivo la felicidad común y empezara a funcionar como una comunidad de ideas y aspiraciones, la gente desarrollaría nuevos valores (2001: 358).

Principios del *deber ser*, en una realidad donde estaban en eferescencia y expansión los ideales de un futuro mejor, de una sociedad que será posible. Es la Nicaragua del poeta Leonel Rugama y sus pobres de solemnidad<sup>4</sup>, la de “una conducta ética, que partía del amor por los que no tenían nada, en [...] el compromiso de renunciar a todo...” (Ramírez 1999: 49); “que nadie explote a nadie, que cada quien reciba lo justo por su trabajo, que seamos solidarios unos con otros, que se terminen las enormes desigualdades” (Belli 2001: 90); “una sociedad donde el hombre sea hermano del hombre” (Tomás Borge en Gallardo 1989: 227). Voces colectivas de una generación que propone “la conciencia utópica de un proyecto nacional moderno” cuyo “objetivo declarado, política y culturalmente es lo popular-subalterno” nos dice Leonel Delgado, quien agrega que se trata por supuesto “de la cara cultural del proyecto revolucionario sandinista” (2002: 29).

Waslala es en la ficción el reino de la justicia, “el cielo en la tierra”, le dice Morris con ironía a Engracia (Belli 1996b: 156), idea poética o “la república de los sabios apasionados” como la define Lucas, el de los pericos adivinadores que balbucea como últimas palabras después de ser acribillado por la metralla del poder castrense “Waslala, Waslala, encuentren Waslala” (Belli 1996b: 279), “un lugar real” donde no hay guerras ni violencia, con gentes que viven felices, sin enfermedades ni miedo a la muerte (Belli 1996b: 122-123), un lugar diferente a Faguas, tierra de guerra, muerte, infelicidad, desolación, temor y enfermedad, militares, fusiles, confrontación y miedos prolongados y cotidianos. Palabras de esperanza de una nueva alternativa, “recurso colectivo final, agotadas todas las otras ilusiones” (Belli 1996b: 20), enunciados con sentidos de la búsqueda, de un punto luminoso de lo que puede ser convocando a la humanidad en forma recurrente, el

sueño reapareciendo generación tras generación a pesar de rechazos, fracasos, pura y simple práctica demostración de no ser más que un atávico, ciego impulso: el más bello, más alto, más trascendente de los impulsos... (Belli 1996b: 325).

El ideal prendió en todo Faguas, y así como Engracia canalizaba los esfuerzos y contribuía con los buscadores de la utópica Waslala, en la realidad histórica de donde procede la enunciación, el F.S.L.N. coordina los esfuerzos colectivos para cambiar lo que es, aspirando a “un gobierno de todos nosotros [...] los olvidados y humillados de Nicaragua”, dicen Daniel y Humberto Ortega Saavedra junto a Víctor M. Tirado López, en 1978, cuando plantean además, que al conquistar el poder, las tierras “les serán entregadas a las familias campesinas”, en una propuesta de revolución agraria donde “los cortadores de café, caña, tabaco, algodón, los macheteros y todos los que trabajen en agricultura, van a tener paga buena y justa”, los mineros administrarán las minas en las que antes eran víctimas, el trabajo será una actividad “siempre en condiciones de respeto a la dignidad humana”, donde los salarios justos y la sindicalización operan como un derecho, con ciudades cuyos medios de transporte estarán a cargo de los mismos pasajeros organizados “que controlarán esas líneas”, con luz eléctrica, alcantarillado, agua potable, “casas baratas, bien hechas y seguras”, y “los que vivan en los barrios estarán organizados y mandarán en todo lo que tenga que ver con su barrio”, con “plazas de deportes, parques para que jueguen los niños”, pavimentación, hospitales, nuevas clínicas y “brigadas sanitarias para que anden por todos los lugares rurales de Nicaragua”. Sueños y aspiraciones pronunciados “en algún lugar” del país por la Dirección Nacional (Ortega 1980:193–199), lo que podría ser a partir de lo que en ese momento histórico era, posibilidades utópicas, ideales de un orden de vida justo y posible. Incluso en 1982 y en medio de la crisis, Sergio Ramírez planteaba que

[l]a construcción de nuevas fábricas, de represas hidroeléctricas; la construcción de plantas para producir celulosa a partir de la madera de nuestros bosques, el desarrollo de nuevas minas de oro, plata y otros metales; la exploración del petróleo hasta que tengamos el primer pozo produciendo, así como la construcción de miles de kilómetros de caminos para sacar las cosechas, silos, secadoras de granos, puertos, almacenes, junto con el desarrollo de toda una nueva infraestructura social, hospitales, centros de salud, escuelas, viviendas, será el trabajo de esta generación y de muchas generaciones venideras (1982b: 20).

Discursos alternativos surgidos de una relación binaria del hombre con un espacio y tiempo que se vive y rechaza, indica Aínsa, pero que se proponen en otra realidad “a partir de los arquetipos del imaginario utópico” (1988: 58). La construcción volitiva de otra realidad, célula original en expansión creciente y después fuego de velas encendidas, fue muy pronto antorcha. Sin embargo, la expansión del punto que para unos era luminoso, para otros significaba oscuridad porque

afectaba intereses establecidos dentro del contexto nacional derribaba muros, abría cauces distintos, despertaba esperanzas en los más humildes, alteraba privilegios, desataba vientos nuevos, traía consigo in- consecuencias de uno y otro lado, creaba desajustes, provocaba reacciones frente a acciones no siempre coherentes, establecía incongruencias (Ramírez 1991: 98).

Se generaba así, lo que Ramírez Fierro define como una tensión entre “diagnóstico y pronóstico, entre ser y deber ser, entre realidad e ideal” (1994: 15), que alcanzaba límites de confrontación entre el ser del poder castrense aferrado a su estatus y el *deber ser* que se extendía ahora en forma de insurrección. Pero también entre realidades y aspiraciones había muchos asaltados por dudas constantes sobre los ideales propuestos y la práctica de los proponentes.

Esta particularidad de la proposición, oposición y duda, da a conocer los claroscuros que desde la misma conformación utópica domina a muchos quienes, ante los errores y el ejercicio vertical de la autoridad, se hacían los ciegos y sordos, no querían ver lo que era evidente ni escuchaban las quejas, quizá por temor a ser excluidos, para no ser acusados de divisionismo o tan sólo para sobrevivir al proceso, pero llenos de frustración y desencanto.

Waslala, lugar e ideal imaginado, no sólo duda sino “leyenda nacional” (Belli 1996b: 70) que se expandía como mancha de aceite y lo que fue punto de luz, ahora prendía en todas direcciones hasta convertirse en realidad: Waslala emergía en una ranura del tiempo ante Melisandra quien después de vencer múltiples pruebas y victorias, de superar obstáculos, que parecían insalvables, logra el cruce del umbral al “vientre de la ballena”, “tiempo interior” o “esfera de renacimiento” (Campbell 1959: 88-89). Y Waslala, por supuesto, estaba ubicado “más o menos en el centro del territorio nacional” (Belli 1996b: 64), porque centro es sentido simbólico de equilibrio, corazón del sistema que podrá proyectarse de manera igualitaria hacia todas las partes, identidad central asociada a la pureza pero también, vislumbre de un sentido de poder central del que surge todo y al que llega todo, en fin, sutil sentido de verticalidad naciente.

El sitio, lugar privilegiado por la Naturaleza y demarcado por cuatro ceibos, fue asignado por el alcalde de la comunidad campesina cercana (Belli 1996b: 65), legitimándose así la acción de los hombres ligados a la tierra y su significativo aporte en la búsqueda del ideal soñado. “¡Ah! ¡Cómo poder transmitirles las experiencias de esos días...! [...] poseídos como estábamos todos por un espíritu de pioneros” (Belli 1996b: 65), indica don José, y la madre le cuenta a Melisandra que

[e]n Waslala se profesaba la noción de haber sido elegidos para una misión que trascendía lo individual, para experimentar un modo de vida que, de ser adoptado por los demás, no sólo cambiaría la faz de Faguas, sino la faz de la tierra (Belli 1996b: 365).

Altruismo e idealismo en una misión colectiva, sensación de elegidos para cambiar la faz de Faguas, semilla inicial que se extendería cambiando toda la faz de la tierra, “firme creencia en la bondad humana”, en “hombres y mujeres profundamente buenos, profundamente nobles” (Belli 1996b: 322 y 365), que no existían y que muy pronto la experiencia demostró estar llena de tropiezos. Engracia, la defensora insigne de la utópica Waslala, la mítica figura protectora de la heroína (Campbell 1959: 70), y que proporciona a Melisandra las pistas claves para el encuentro de Waslala, también devela las incongruencias del ideal en su práctica, y las múltiples contradicciones y desencantos de creadores y partícipes del proyecto siempre soñado. En la carta que deja a Melisandra, anota lo siguiente:

[e]mpezamos queriendo ser muy democráticos. Nombramos una directiva compuesta por los poetas, cada uno de los cuales supervisaba un área de la vida comunal. El poder, sin embargo, supuestamente residía en una asamblea compuesta por los miembros de la comunidad mayores de dieciséis años. Todas las tardes nos reuníamos al caer el sol. Las reuniones eran interminables, pero amenas y estimulantes. Las cosas anduvieron muy bien por un tiempo mientras los poetas llevaron la voz cantante. Pero pronto nos dimos cuenta de que para que funcionara la comunidad era necesario establecer muchas reglas y regulaciones. La responsabilidad individual no era suficiente porque cada quien la interpretaba a su manera. Cuando nos pusimos a definir los límites y las obligaciones, la asamblea se tornó en un pandemonium. ¿Qué clase de democracia podía existir, Melisandra, si a muchos les interesaba resolver los problemas cotidianos de la comida, el vestido, el cuidado de los niños, las viviendas; mientras para los poetas lo importante era la creación de nuevos hábitos de vida, nuevos valores, un nuevo lenguaje y nuevas formas de relación? Había que definir los medios de vida, les dijeron los de la asamblea, antes de preocuparse por definir la libertad (Belli 1996b: 321).

Enunciado que expresa un punto de vista crítico, conciencia de un sujeto que asume y confronta la utopía idealizada con su “realidad”, viendo en esta todas las limitaciones producto de las interpretaciones de las responsabilidades individuales, la diversidad de criterios, los intereses particulares, los problemas cotidianos, y las concepciones sobre los valores, los lenguajes, las formas de relación y la libertad. Es la conciencia de cómo el heterogéneo mundo de criterios, disímiles a veces, hacen que ideal y “realidad” no coincidan, no encajen o simplemente se contrapongan. Lo que prometía ser un poder compartido en asamblea comunal, “degeneró” muy pronto, agrega Engracia, en un pequeño monstruo, una dictadura arbitraria, impulsiva, inconsciente, fácilmente manipulable por las cabezas más calientes o los mejores oradores” (Belli 1996b: 322). Entonces el acuerdo fue disolverla y “los poetas fueron investidos de una autoridad casi total”, reconociendo así “el principio de autoridad que inicialmente intentaron abolir” (Belli 1996b: 322 y 365). A partir de esta propuesta de ejercicio del poder, tan propia del género utópico (Aínsa 1990: 44), se producen las deserciones y abandonos de la puesta en práctica de una utopía planificada como reducto de la participación colectiva bajo los principios del equilibrio y la armonía.

Todo el proceso de pioneros elegidos, misiones colectivas, asambleas, divergencias, tropiezos, autoritarismos y confrontaciones, constituyen un refracto de las cooperativas, las comunas agrícolas, las asociaciones de mujeres y trabajadores del campo, las milicias, en fin, los “...múltiples organismos en los que muchos nicaragüenses forjan sus primeras experiencias de trabajo organizativo” después del triunfo revolucionario entre julio de 1979 y abril de 1980 (Polo-Cheva 1983: 274). Eran “reuniones de trabajo que duraban hasta las madrugadas, haciendo y deshaciendo desde allí el mundo en aquellos primeros días de la creación” (Ramírez 1991: 124), asambleas que al terminar seguían en las calles (Maiselas 1983: 82), sin fin y sin límite de tiempo, con miles de problemas por resolver y miles de solicitudes,

todo de frente a los gobernantes y a los ministros del gobierno que estaban obligados a mantener abiertas las puertas de sus despachos a las comisiones de vecinos para resolver al día siguiente todo lo planteado, hubiera o no recursos, porque en la magia de la revolución no existían límites para hacer frente a todas las demandas (Ramírez 1991: 126).

Pero muy pronto surgen las divergencias, la función crítica se volvía cada vez más difícil, se les tachaba de conflictivos a los que la ejercían, de crear fisuras y “Humberto y Daniel Ortega mantuvieron la hegemonía y se hicieron expertos en blandir la bandera de la unidad como pretexto para acallar los desacuerdos” (Belli 2001: 383). Desde la Dirección Nacional del F.S.L.N. se ejercía el poder de decisión pero sobre todo, desde la presidencia donde “teníamos los sellos, la atribución de dictar decretos y refrendar las leyes, y la llave de los recursos financieros” (Ramírez 1999: 236). Aquella que nació como “una utopía para el hombre” se convirtió en “una suerte de utopía desde el Poder o desde el estado”, “imponiéndose”, “sin libertad” y en “opresión contra el hombre” (Cuadra 1987: 21). Las voces disidentes se incrementaron, unos fueron encarcelados<sup>5</sup>, otros sufrieron grandes decepciones, y muchos terminaron en la lucha armada contrarrevolucionaria ante los graves errores –sumos, ramas y miskitos de la costa del caribe–, las amenazas y desencantos, o las imposibilidades de hacerse escuchar.

En la ficcional Waslala plateada del centro, en el sitio del poeta Ernesto murió el último de los poetas, la última voz ya marchita, desgastada quizá por “el ejercicio del poder cuya esencia despreciaban” y “la comunidad quedó a la deriva y de no haber sido por los visitantes, seguramente hubiese fenecido” (Belli 1996b: 365-366). Visitantes que aún creían en ella a pesar

de contar y venir de una “realidad”. Pero ante el desvanecimiento y el proyecto a la deriva, el enunciado de la madre plantea ahora una utopía que parece paradójica, pero que quizá retrate su esencia:

Waslala ya no era solamente el vacilante experimento que habíamos construido. Era una leyenda, un punto de referencia, una esperanza. Aún antes de que se comprobara su eficacia, se había convertido en un paradigma. Cumplía la función de un sueño capaz de movilizar los deseos y las aspiraciones de quienes ansiaban un destino colectivo más acorde con las mejores potencialidades humanas. Comprendimos entonces que la fantasía había adquirido tanto valor como la realidad (Belli 1996b: 366, 367).

El proyecto alternativo, lo deseable en el porvenir a partir de las diferencias con un “presente imperfecto”, el *deber ser* plasmado en vínculo estrecho con el ser, la construcción mil veces ideada y nutrida en el pensamiento diacrónico de un mundo mejor, es ante sus fracasos prácticos un “vacilante experimento”. Sin embargo, y aún sin comprobar su eficacia, es un modelo de esperanza, un sueño movilizador de deseos y aspiraciones, una fantasía con “tanto valor como la realidad”. Ante el experimento que no dio visos de posibilidades prácticas, la enunciación de la madre insiste en convertir aquello en una ilusión salida del anonimato y agrega:

No sé quién sugirió, en una de nuestras asambleas, que alimentáramos la fantasía de Waslala. Quizás esa era nuestra misión, se dijo, hacer existir la quimera. La idea nos cautivó. Nos propusimos crear la ilusión de un lugar cuya belleza, armonía y perfección, quedaran grabadas de forma indeleble en aquellos que, en los caprichos del tiempo y sus ranuras, lograran encontrar el paso por el Corredor de los Vientos. Se decidió que a estas personas se les dejaría pernoctar y luego se les llevaría al otro lado, en medio de un sueño profundo inducido por un cocimiento de flores. Darle vida a la fantasía nos ocupó los días y la imaginación.

Para empezar, trabajamos los jardines y el paisaje de manera que las impresiones visuales fueran absolutamente memorables. Waslala se convirtió así en un sitio de flores, [...] de canales ocultos y fuentes, de manera que el susurro del agua se oyera en todas partes y aliviara las angustias [...] remozamos las viviendas, [...] montamos la biblioteca [...] instalamos también los talleres literarios donde se leía y conversaba sobre filosofía... [...]

La construcción del sueño nos dio la cohesión necesaria para que los obstáculos entre nosotros se superaran. Pudimos finalmente ejercer el consenso y prescindir de líderes (Belli 1996b: 367-369).

“Hacer existir la quimera”, “crear la ilusión” de un lugar de armonía y perfección que no es pero que por sus “impresiones visuales” parece ser, “construcción del sueño” —que genera cohesión, consenso y donde no hacen falta los líderes—, “esa era nuestra misión”, indica el sentido de la voz enunciativa, la madre de Melisandra, la única y última habitante del sitio soñado, “Reina Diosa del Mundo [...] en el último extremo de la Tierra” (Campbell 1959: 104), que da a conocer el acuerdo del colectivo antes de la disolución final, la creación “conscientemente” irreal de un “espejismo rutilante” (Belli 1996b: 68).

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos colectivos “en propagar la leyenda” de lo que era posible, muy pronto “dejaron de arribar los visitantes”, señalan los enunciados en torno al ahora jardín de apariencias, y se desata con ello una nueva crisis. Empieza a diluirse el entusiasmo de su idealización, las parejas no pueden reproducirse y la abandonan y el éxodo de todos los demás es “lento y doloroso”. Ante ello, las voces colectivas de la asamblea se cuestionan por medio de la madre, sobre “el propósito de mantener un sueño que ya nadie buscaba, que a nadie parecía interesar” (Belli 1996b: 369). Melisandra insiste en la influencia del poder castrense para confundir a los que buscaban Waslala, pero la madre indica que los que se iban insistían en la necesidad del vínculo con la realidad. Estas dos posibilidades son planteadas en diversas ocasiones por las voces enunciativas, unas achacando a los hermanos

Espada múltiples acciones para impedir el acceso al proyecto soñado y otras, preguntándose por su aislamiento de la realidad. El mismo Antonio Espada afirma que “Waslala, si es que existe”, es “una comunidad ubicada en un vacío social”, preocupaciones ya expresadas por el abuelo poeta sobre la “tendencia a aislarnos”, idea esa “de vivir aparte y afuera del caldo de cultivo donde se desarrollaban las nuevas y siempre interesantes corrientes de pensamiento” y que “no me entusiasmba”; y finalmente señaladas por Melisandra quien desea, antes de encontrar Waslala, “sacarle del aislamiento, diseminarla [...] que la célula se reprodujera más allá de un sitio geográficamente limitado” (Belli 1996b: 67, 199 y 243). Sujetos discursivos protagónicos que remiten al mundo de los sujetos históricos, como un Olof Palme que al regresar a Estocolmo después de una visita a Nicaragua en 1983, dicta un aviso profético en el mensaje que envía al F.S.L.N. y que decía “Cuidense, se están alejando del pueblo” (Ramírez 1999: 54). Es también la voz de un Pablo Antonio Cuadra ya en 1987, voz colectiva que clamaba por luchar contra el poder y por los principios originales del proyecto utópico:

Frente a la escalada totalitaria de esta ‘utopía’ del Poder, nuestra lucha, cada vez más desigual, ha sido afirmar y reclamar aquellos principios y valores que ayudan a realizarse al hombre, que defienden al hombre, que dan poder al hombre contra el poder y que fueron los principios y valores que nuestra Revolución proclamó como esenciales para su utopía: el Pluralismo, la Democracia, la Economía Mixta (con toda su exigencia de creatividad), las libertades y derechos del hombre, que tan fácilmente se nombran pero cuya existencia es decisiva para que una utopía sea utópica y no infierno (1987: 20).

En aquel proyecto, concluye el poeta Cuadra, “[o]tra vez la bota militar –¡la vuelta de los generales!– aplasta la utopía de América” (1987: 23). En los años finales de la década de los ochenta, y ante los múltiples errores que incluían el gran desencanto provocado en los campesinos al no realizarse la entrega de tierras tan sagradamente prometida, el desabastecimiento de productos básicos, las serias limitaciones a la libertad de prensa, el crecimiento galopante de la pobreza, los privilegios al aparato castrense, el destino de los recursos a la defensa militar y una “contra” que plenamente financiada alcanzaba mayor impacto destructivo en la alicaída economía, convertían aquella utopía del hombre para el hombre no en el paraíso soñado sino en un doloroso desengaño. Y a pesar de los múltiples esfuerzos de su dirigencia, el barco hacía aguas y flotaba casi a la deriva, desvencijado y triste, a pesar de la inicial época de esplendor cuando todo era luz e ilusión; la barca revolucionaria que flotaba en el horizonte era sólo una sombra de lo que fue.

La utopía, en tanto aspiración del *deber ser* a partir de lo que es y a pesar de sus múltiples deficiencias propias, de lo ilusorio de sus aspiraciones, de los factores internos planificados que explotan en su práctica, o de los externos que contra ella se generan por parte de lo establecido, produce cambios y logros concretos en la vida de los individuos y las comunidades. Es este el sentido del enunciado “de lo que Waslala fue” (Belli 1996b: 368): mundo de invención y creatividad de las potencialidades de muchos, el arte de la conversación, las participaciones masivas, la distribución de responsabilidades, el esplendor de los talleres literarios y los

huertos, granjas, el sistema de molinos de viento para la irrigación, el motor con energía solar que proveía la electricidad, la sección industrial con presas para obtener de los árboles, papel, telas, láminas para las construcciones; los hornos con sofisticados mecanismos imposibles de reproducir con los que lograron trabajar metales... (Belli 1996b: 375).

Logros concretos de lo que fue enunciados por la madre y que transponen a su vez los aportes de un proceso revolucionario en “una década de sueños, caminando a marcha forzada

entre sorpresas, deslumbres y desafíos” (Ramírez 1991: 105). Innegables son los aportes de aquel proyecto en el campo educativo, de salud, cooperativas en las zonas rurales, participación política pero sobre todo de creencia en las alternativas y en un mundo diferente, la adquisición de una conciencia colectiva sobre un *deber ser* que puede ser con el esfuerzo de muchos, aportes imborrables en los que trabajaron miles de mujeres y hombres permeados por el espíritu de la esperanza. Pero la década encantada terminó en un profundo desencanto. Y no fue precisamente la derrota electoral de 1990 lo que generó la desilusión más grande y el desencanto que rayaba en la vergüenza, fue la distribución de bienes del estado, expropiados al militar de aquel poder por el que miles dieron la vida, y que ahora pasaban al militar que se impuso también en el poder, que se dejó las ilusiones de muchos y, peor aún, que desencantó con su pérdida de moralidad y su comportamiento, no sólo a quienes con integridad conservaban las ilusiones en medio de la borrasca, sino a las generaciones venideras que deben ser las portadoras de la esperanza.

En las coyunturas de Waslala donde lo ideal y lo real chocan, en esa infinita dinámica de encuentros y desencuentros entre lo que es y lo que debe ser a partir de las aspiraciones del *deber ser*, en la confrontación donde las esperanzas parecen sepultarse, es donde estriba la genialidad de la utopía; “en la capacidad de imaginar lo imposible, estriba la grandeza, la única salvación de nuestra especie”, proclama el enunciado de Engracia que como un legado lo entrega a Melisandra (Belli 1996b: 324). Y la madre indica el sentido y la razón de su permanencia en Waslala:

Es en la búsqueda de sueños que la humanidad se ha construido. En la tensión perenne entre lo que puede ser y lo que es estriba el crecimiento. La razón por la que yo sigo aquí es porque pienso que Waslala, como mito, como aspiración, justifica su existencia. Es más, considero que es imperativo que exista, que vuelva a ser, que continúe generando leyendas. Lo más grande de Waslala es que fuimos capaces de imaginarla, que fue la fantasía lo que, a la postre, la hizo funcionar. Hay quienes, aunque nos quedemos solos, tenemos que seguir manteniendo las Waslalas de la imaginación. Imaginar la realidad sigue siendo tan importante como construirla (Belli 1996b: 370).

Es la construcción del mundo surgido a partir de esa tensión entre “lo real y lo ideal”, la ambivalencia, lo uno y lo otro a la vez en mutua iluminación, “uno en pos del otro” (Belli 1996b: 371); el ser y el *deber ser* presentes en toda sociedad y que se convierte en “una condición indispensable e irrenunciable de la condición humana”, ha dicho María del Rayo Ramírez Fierro, quien agrega:

vivir implica el permanente movimiento entre los ideales, los sueños, las expectativas, los propósitos y la fuerza que nace de ellos y los quiere llevar a su realización. La utopía en forma de promesa para un grupo se traduce en objetivos históricos y políticos; en este sentido, las utopías no sólo son necesarias para complementar la realidad social sino para transformarla (1994: 5).

La utopía actúa como un ideal transformador de la sociedad, el *deber ser* que como aspiración se puede alcanzar pese a las dificultades (Aínsa 1986: 36), que dinamiza la historia y no la deja permanecer estática; es el ideal de cambio permanente en todo grupo humano y que aún realizado, no tolera la conformista aceptación de lo dado porque en la utopía siempre habrá un “más allá del sueño esperanzado que procura” (Aínsa 1995b: 128), un ideal permanente que el tiempo inmediato ya proyecta, una fe racional en una realidad que no existe pero que posee potencialidades de existir, en fin, “se trata fundamentalmente de construir el futuro a partir de las ricas potencialidades de la humanidad” (Aínsa 1984: 19). En otras palabras, lo da a conocer el narrador omnisciente, narradora en este caso que ante el encuentro de Melisandra con su madre en la Waslala a la que accedió a través de una ranura del tiempo enuncia:

La lógica era sencilla y no descubrió en su interior nada que la contradijera: la razón de ser de Waslala era ser Waslala, la Utopía, el lugar que no era, que no podía ser el tiempo y el espacio habitual, sino otra cosa, el laboratorio, quizás, la luz tal vez, el ideal constantemente en movimiento, poblado, abandonado y vuelto a repoblar; creído, descreído y vuelto a creer (Belli 1996b: 372).

Melisandra portadora de la conciencia utópica, sujeto del enunciado en diálogo con la voz enunciativa de su madre en la mítica Waslala, descubre al final de cuentas lo que es Waslala, un ideal en constante movimiento. Sin embargo, aquella narradora ajena al texto pero voz del sujeto de enunciación, genera la más profunda de las indeterminaciones y, cual ambivalencia utópica, el horizonte de expectación se llena de provocaciones: “Había quiénes tenían la función de soñar, de hacer los memoriales del futuro y otros a quienes simplemente les tocaba la realidad” (Belli 1996b: 372).

¿Dónde está entonces la aspiración de que lo real e ideal se tendrán que iluminar mutuamente? ¿Quiénes tienen la función de soñar? ¿Acaso sólo los poetas! ¿A quiénes les tocaba la realidad? A las “criaturas volubles, vulnerables, falibles [...] héroes inadecuados cuyo mayor heroísmo consistía en arriesgarse una y otra vez, intentarlo, aún a riesgo de que el sueño fuese efímero y terminara en otro desencuentro, pues de qué otra manera se podía vivir” (Belli 1996b: 372). Tal vez los habitantes de Timbú, que habían tomado la decisión de no reproducirse y carecían de sentido de posesión. ¿Aspirar a que la utópica Waslala sea habitada por personas que no pueden transmitir a futuras generaciones su legado? Más aún, la madre interroga a la hija sobre las posibilidades de volver a Waslala y Melisandra que recibe de aquella los anales, el memorial de lo que se desea, enuncia lo que parece ser una contradicción final:

Volveré a visitarte, pero no puedo quedarme. Vos misma lo dijiste ayer... dijiste algo que me gustó sobre la tensión entre lo que puede ser y lo que es. Yo quiero lo que puede ser. Cineria, Faguas, ese país en ciernes, informe. [...] No podría quedarme aquí sabiendo lo que sucede allá (Belli 1996b: 376).

Abandonar Waslala, el sueño de Faguas, el espejismo, la fantasía, construida “conscientemente” irreal. Abandonar por lo tanto, el sueño fracasado, bajo el más pasmoso desencanto de lo que pudo ser pero de nuevo, una vez más, a lo que puede ser, el país en ciernes que necesita de los anales que lleva bajo su brazo, y que fueron escritos por los poetas, confiados a la sabiduría e imaginación de Melisandra, voz enunciativa, por encima de todo, voz transindividual y colectiva de una Nicaragua que, ante la vergüenza y el desencanto, no desea permanecer estática ya que el mundo es un proceso en constante construcción y porque, como lo dice Sergio Ramírez,

en las décadas y siglos venideros, seguiremos en busca de la organización real de nuestras propias utopías, porque lejos de aceptar que la historia ha terminado para nosotros, creemos que apenas empieza... (1991: 160-161).

Vínculo estrecho entre las estructuras utópicas del texto y las estructuras históricas de un contexto socio-ideológico, palabras pobladas de intenciones que esperan tener su fiesta de resurrección como lo dice Bajtín, vuelta al punto luminoso, aspiración y, como propone Aínsa, “proyección de la visión ideal de un ‘deber ser’ alternativo” pero un pensamiento utópico que “está menos interesado en alcanzar fines concretos” pero sí más “en visualizar imaginativamente posibilidades” (1984: 15).

En conclusión, el enunciado de la utopía planteado en la obra *Waslala Memorial del futuro* es una permanente idea, un punto de tensión que se desarrolla en la sociedad entre el ser y el *deber ser*, entre la realidad y la aspiración, punto luminoso donde crece el entusiasmo y se

dan los primeros logros, pero más temprano que tarde y “una vez objetivada la utopía, empieza a diluirse el entusiasmo de su idealización” (Aínsa 1977: 154). La mítica Waslala fracasa por desavenencias internas y factores ajenos a su idealización, se produce una expansión posterior a todas luces falsa y nuevos fracasos acompañan la Waslala plateada. Sin embargo, la esperanza nunca muere y bajo el brazo de Melisandra, los anales de la ilusión vuelven al *deber ser*, al sueño de las posibilidades en voces de poetas, como punto de inicio y de partida a la vez. Ya lo dice el intertexto de T.S. Elliot pronunciado por Lucas: “Nunca cesaremos de explorar, y el final de todas nuestras exploraciones será llegar al sitio desde donde partimos y conocerlo por primera vez” (Belli 1996b: 193).

Exploraciones en el campo de lo posible, de la opción y sus contradicciones para volver, una vez más y desde un punto luminoso que ya no será el mismo pero que muchos conocerán por primera vez, a intentarlo de nuevo, aspiración de siempre en la esperanza de un mundo nuevo. Y ...¿de dónde va a venir la esperanza?: “Debe venir de la imaginación. Mientras no se pierda la fe en la capacidad de imaginar mundos diferentes, va a poder existir el mundo de la utopía” (Belli en Ross 2002: 3).

*Waslala*, construcción de una comunidad imaginada, utopía y desencanto pero finalmente la esperanza de siempre, el encanto de la utopía no como simple sueño, sino como el *deber ser* alternativo, la imaginación social siempre latente de un mundo mejor.

## Notas

1. Reeditada en el 2006 por la Editorial Seix Barral S.A. con el título *Waslala: la búsqueda de la civilización perdida*.
2. Este autor en su obra *Con sus pasos cantados* incluye un colofón que da a conocer un sentido diferente y desencantado con los poetas y sus creaciones. En “Cantos de vida y desesperanza sin cisnes ni otros poemas” escribe: “La poetería somos la única estafa cierta, /y el juez que esté libre de culpas que lance las /piedras/ para levantar más altos los muros de la cárcel. [...] vivíamos con las ventanas de par en par/ y la rama de oro sobre el azul celeste,/ bajo la supremacía del Poder de la Palabra/ y confrontados con los poderes de este mundo. [...] nos embriagábamos con flores y cantos en la casa del Canto/ lo digo yo, ahora, desde este pedazo de tierra donde lo único firme es el desencanto” (1998: 347-348). Sin embargo y como se ha anotado, en la entrevista concedida a Ariel Montoya es firme su creencia en la poesía y los poetas.
3. Entre ellos Azarías H. Pallais, Salomón de la Selva, Beltrán Morales, Luis Rocha, Jorge Eduardo Arellano, Lino Argüello, Ernesto Cardenal, y entre muchas mujeres Carmen Sobalvarro, María Teresa Sánchez, Michelle Najlis, Rosario Aguilar, Gioconda Belli, Yolanda Blanco, Rosario Murillo, Vidaluz Meneses, Ana Ilce Gómez y Daisy Zamora (Zavala y otros 1995: 96-114).
4. Leonel Rugama murió en 1970 a los 20 años junto a dos compañeros de la misma edad. Se enfrentaron a un destacamento de la Guardia Nacional en una casa de seguridad en Managua en un combate desigual que duró 4 horas. En sus poemas Rugama plantea que “era necesario vivir como los santos, una vida como la de los primeros cristianos, [...] significaba una renuncia total [...] a todos los bienes materiales y a la ambición misma de tenerlos, por muy puros que fueran. Vivir en pobreza, en humildad, compartiéndolo todo” (Ramírez 1999: 41).
5. Como los casos de Zelaya Blanco y Carlos Canales –documentadas sus penurias en *Nicaragua en la conspiración del silencio e Injusticia sandinista, cárcel y servicio*– (Velásquez 2001: 68-69). Para decepciones ver Ernesto Castillo Guerrero en su obra *Algo más que un recuerdo* (Román-Lagunas 2000: 15-19).

## Bibliografía

- Aínsa, Fernando. 1977. *Los buscadores de la utopía*. Caracas: Monte Avila Editores C.A.
1984. “Tensión utópica e imaginario subversivo en Hispanoamérica”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. (13): 13-35.
1986. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Editorial Fredos.
1988. “La alteridad lejana como utopía en el mito de la tierra prometida”. *Cuadernos Americanos*. (10): 55-80.
1990. *Necesidad de la Utopía*. Buenos Aires–Montevideo: TUPAC EDICIONES – Editorial NORDAN – Comunidad.
- 1995a. “La marcha sin fin de las utopías en América Latina Modernidad y vanguardia en *La marcha de las utopías* de Oswald de Andrade”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*. (558): 35–44.
- 1995b. “Modernidad y Vanguardia en la marcha *sin fin* de las utopías en América Latina”. *Cuadernos Americanos*. 50 (2): 118-129.
- Bajtín, Mijaíl. 1974. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Julio Forcat y César Conroy (trad.). Barcelona: Barral Editores S.A.
1985. *Estética de la creación verbal*. 2ª ed. Tatiana Bubnova (trad.). México D.F.: Siglo XXI Editores.
1986. *Problemas literarios y estéticos*. Alfredo Caballero (trad.). La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Belli, Gioconda. 1989. *La mujer habitada*. México D.F.: Editorial Diana.
1990. *Sofía de los Presagios*. Managua: Vanguardia.
- 1996a. *El taller de las mariposas*. Managua: Ananá Ediciones Centroamericanas.
- 1996b. *Waslala Memorial del futuro*. Managua: Ananá Ediciones Centroamericanas.
2001. *El país bajo mi piel. Memorias de amor y de guerra*. Barcelona: Managua: Plaza y Janés Editores, A.A. Ananá Ediciones Centroamericanas.
- Campbell, Joseph. 1959. *El héroe de las mil caras Psicoanálisis del mito*. Luisa Josefina Hernández (trad.). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Coll, Josefina Oliva de. 1974. *Resistencia indígena ante la conquista*. México D.F.: Siglo XXI editores, S.A.
- Cuadra, Pablo Antonio. 1987. "Utopía y Libertad". En: *Revista del Pensamiento Centroamericano*. 42 (194): 19-23.
- Delgado Aburto, Leonel. 2002. *Márgenes Recorridos. Apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del S. XX*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica.
- Gallardo, Helio. 1989. *Actores y procesos políticos latinoamericanos*. San José: DEI.
- Greimas, A.J. y J. Courtés. 1990. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Enrique Ballón Aguirre y Hermis Campodónico Carrión (trads.). Madrid: Editorial Gredos.
- Maiselas, Susan. 1983. *NICARAGUA*. Jorge Cáceres P. (trad.). San José: EDUCA.
- Millet, Richard. 1979. *Guardianes de la Dinastía*. San José: EDUCA.
- Montoya, Ariel. 2000. "Julio Valle-Castillo: La generación del 60 goza de una juventud espléndida". *DECENIO*. 4 (17): 33-39.
- Moro, Tomás. 1967. *Utopía*. Precedida de una carta a Pedro Giles. Versión de Ramón Pin de Latour con notas prologales de José Pin y Soler. Barcelona: Editorial Iberias S.A.
- Ordóñez Peñalonzo, Jacinto. 2003. *Introducción a la pedagogía*. San José: EUNED.
- Ortega Saavedra, Humberto. 1980. *50 años de lucha sandinista*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Polo-Cheva, Demetrio. 1983. "La experiencia contemporánea en Nicaragua". *No intervención autodeterminación y democracia en América Latina*. Pablo González Casanova (coord.). México D.F.: Siglo XXI editores S.A.
- Ramírez Fierro, María del Rayo. 1982. "Nicaragua: el país que heredamos y el que queremos construir". *Cuadernos Americanos*. 245 (6): 7- 40.
1991. *Confesión de Amor*. Managua: Ediciones Nicaragua.
1994. *Simón Bolívar y su utopía para América*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

1999. *ADIÓS MUCHACHOS Una memoria de la revolución sandinista*. México, D.F.: Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.

Román-Lagunas, Vicki. 2000. "Esperanza y desilusión en los testimonios de Omar Cabezas y Ernesto Castillo Guerrero". *DECENIO*. 4 (17): 15- 19.

Ross, Yazmín. 2002. "Entre la nada y la utopía". *Semanario Brecha*-Montevideo. [http://www.el\\_castellano.com/gioconda.html](http://www.el_castellano.com/gioconda.html). Consulta: 12 de setiembre de 2002].

Trousseau, Raymond. 1995. *Historia de la literatura utópica y viajes a países inexistentes*. Carlos Manzano (trad.). Barcelona: Ediciones Península.

Valle-Castillo, Julio. 1998. *Con sus pasos cantados*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores.

Velásquez Moleri, Juan. 2001. "Roberto Zelaya Blanco, una llama que sostuvo la fe de todos". *DECENIO*. 65 (20): 68-70.

Zavala, Magda. 1991. *La postmodernidad y Miguel Bajtín. Una poética dialógica*. Madrid: Espasa-Calpe.